



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

Comentario al Capítulo 1 de las nuevas constituciones de 1966 (2)

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

COMENTARIO DEL CAPÍTULO I DE LAS NUEVAS CONSTITUCIONES '66 (2ª parte).....	3
Artículo tercero	3
Consagrados	3
Los votos.....	4
Vida común	5
Artículo cuarto	6
La Obra de Salvación, actualizada por Jesús y María.....	7
Dios y Cristo, Hombre-Dios	7
El Hombre-Dios y María.....	7
La Obra de Salvación, manifestada como Misterio de Amor en los Sagrados Corazones de Jesús y de María.....	8
El corazón	9
El Corazón de Cristo	9
El Corazón de María	10
Nuestra Consagración a los Corazones de Jesús y de María respuesta al Amor Redentor de Dios	11
Consagración a Dios, a Cristo, a María.....	11
Consagración a los Corazones de Jesús y de María	12
Artículo quinto	13
Preliminar importante	13
En Cristo, nuestro Redentor	14
Reparación hacia los Corazones de Jesús y de María.....	17
El espíritu de reparación, actitud fundamental.....	18
Artículo sexto.....	20
El Sacrificio eucarístico.....	20
La Adoración del Santísimo Sacramento	23

COMENTARIO DEL CAPÍTULO I DE LAS NUEVAS CONSTITUCIONES '66 (2ª parte)

Artículo tercero

Por los votos de Pobreza, Castidad y de Obediencia, nos comprometemos a llevar, en común, una vida según los consejos evangélicos. La Caridad, que impulsó a Cristo a hacerse el humilde Siervo de Dios y de los hombres, nos impulsa a anunciar la Buena Nueva de la Salvación por nuestra vida y nuestro ministerio.

“En los diversos géneros de vida y en los diversos oficios es una única santidad la que cultivan los que son movidos por el Espíritu de Dios;... siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, para merecer participar en su gloria. Cada uno según sus propios dones y sus cargas debe sin descanso avanzar sobre el camino de la Fe viva, la que inflama la esperanza y opera por la intervención de la caridad” (Const. *De Ecclesia*, n. 41)

Como religiosos no salimos de la vocación común a la perfección, pero la realizamos concretamente de una manera particular en un género de vida que se aproxima lo más posible al de Cristo, porque queremos responder a su llamada (Const. *De Ecclesia*, n.44).

Consagrados

En la Iglesia de Cristo que es una, existe una gran diversidad de dones de la gracia y de su reparto. La vida religiosa es uno de esos dones. Bajo la conducción del Papa y de los Obispos, en colaboración con todos los fieles, los religiosos también son llamados, pero de la manera que les es propia, a la perfección de la caridad, a glorificar al Padre y a llevar al mundo el testimonio de Cristo hasta que Él vuelva. Así nos consagramos al Reino de Dios por nuestra Profesión. Formamos parte del Pueblo cristiano a quien se dirige la orden: “Sed perfectos como vuestro Padre celeste es perfecto”. Pero tenemos un modo de hacerlo a ejemplo de Cristo: “Si quieres ser perfecto, ven y sígueme” Mc. 10, 17 sg. y Lc. 18, 18) Así estamos consagrados enteramente a Dios y a su servicio. Sto. Tomás afirma que se trata de una verdadera transferencia de propiedad, total: se da el fruto con el árbol. Llegamos a ser el bien, la posesión de Dios. De ese modo los actos del

religioso se convierten en actos de la virtud de religión. Esta consagración separa del uso profano y se entrega a Dios (Const. *De Ecclesia*, c. VI n. 43- 48) Se sitúa en la línea de la consagración bautismal Es como su prolongamiento y profundización. La precisa y la refuerza. Actualiza la gracia del Bautismo, nos inserta más a fondo en el misterio de muerte y de vida del Señor. Nos establece en una nueva cualidad de pertenencia y de holocausto. Es precisamente esta consagración lo que diferencia la vida religiosa de una asociación piadosa. Aún cuando la santidad fuera más alta en otra parte, la vida religiosa está marcada por el sello de una pertenencia exclusiva a Dios, de un ingreso más radical en el Misterio pascual del Señor. Los religiosos, menos que una clase aparte, son cristianos profundizados en la línea del Bautismo. Los votos consagran a Dios, no fuera de la consagración común, sino sobrepasándola; más exactamente, tienden por un camino determinado a la perfecta puesta en práctica de esta consagración esencial.

Los votos

Los votos adquieren todo su sentido en este nivel. Primero, nuestra vida religiosa tiene valor de prefiguración. Los religiosos son profetas por estado. Anuncian el Reino por llegar. Viven esa tensión escatológica del amor, aspiran a la visión en su plenitud, sin velo y sin fin. Son signos y llamadas de que la vida eterna ya ha comenzado, que estamos en la introducción. La castidad les hace vivir "como los Ángeles" (Mt. 22, 30) como las vírgenes que esperan al Esposo (Mt. 25, 15); mantienen el sentido de esa espera, de este desprendimiento de todas las cosas en la impaciencia del retorno del Señor (Mt. 25, 44); Es preparación para las bodas del Cordero (Apoc. 21, 2); los religiosos no teniendo aquí abajo morada permanente (Mt. 19, 21), se desprenden de todo por las realidades definitivas (Mt. 13, 44). Quieren realizar de inmediato algo de la petición del Pater noster: "hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo"; comienzan en la tierra a vivir en la armonía y la unidad de la Jerusalén celeste, la sumisión en la libertad del amor (2 Pe. 3, 11 sgt.).

Entonces su vida llega a ser supremamente útil. "No hay que pensar que los religiosos, por el hecho de su consagración, se convierten en extraños a los hombres e inútiles a la ciudad terrestre" (Const. *De Ecclesia* VI, 46) En seguimiento de Aquel que vino "no para ser servido, sino para servir" (Mt. 20, 28), están enteramente disponibles "para los asuntos del Padre" (Lc. 2, 49) que son también los asuntos de los hombres: "Lo que hayáis hecho al más pequeño..." (Mt. 25, 40). Se esfuerzan en ser desescombrados, desamarrados, libres para un mejor servicio; Guardan el corazón abierto a la ayuda mutua y a la escucha. Sus bienes, sus esfuerzos y el fruto de sus esfuerzos, todo está a la disposición de todos. Su docilidad se vuelve servicio; van allí donde les piden servir. Viven en una entera disponibilidad apostólica a favor de la Iglesia y del prójimo (Lc. 9, 57 sgt. y 17, 7)

Por esto testimonian con la más alta puntuación. El solo hecho de la presencia de la vida religiosa en el mundo ya es un testimonio irrecusable. Hay un millón y medio de religiosos y religiosas (1965): es un hecho que, a la faz del mundo,

afirma el poder de Dios. "La profesión de los consejos evangélicos aparece como un signo que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a cumplir con entusiasmo los deberes de la vida cristiana. (Const. *De Ecclesia*, n. 44. "Los religiosos, en virtud de su estado, testifican de una manera espléndida que el mundo no puede transfigurarse y ser ofrecido a Dios fuera de las Bienaventuranzas" (Const. *De Ecclesia*, n. 31) Los religiosos se esfuerzan en encarnar del modo menos imperfecto posible, en cada época, dentro de las circunstancias movedizas, del amor de muchas caras, por el testimonio: de una caridad fraterna sincera y profunda, que hace de sus comunidades "academias de comprensión" (S. Francisco de Sales); de una castidad delicada sin ñoñerías ni estrecheces, sino equilibrada y madura; de una pobreza personal y comunitaria, legible por sus contemporáneos, cuidadosa de evitar hasta en los detalles las apariencias chocantes y los "teatros de pobreza" (Mc. 6, 8; Mt. 10, 8), capaces de un corazón fraternal para con los humildes; de una obediencia libre y serena, hija de la humildad.

Sabemos bien que todo esto no se llevará adelante sin miseria, ni sin sufrimiento (Mt. 16, 24) Continuamos lo que falta a la pasión de Cristo. Los votos tienen valor de rescate; tienen función redentora. El sacrificio y el dolor no quedarán ausentes. La cruz está siempre plantada en el corazón del religioso. No disponer libremente de nada, adquirir el sentido de la dependencia y del amor no compartido, es difícil en ciertos días; ir contra los instintos, sublimar las tendencias fundamentales es cosa ardua (Lc. 9, 57) Los votos nos imponen olvidarnos de nosotros mismos, llevar cada día nuestra cruz (Mc. 8, 34; Mt. 10 37) Así somos "llamados por Dios a gozar de un don especial en la vida de la Iglesia, y cada una su manera, a ayudarle en su misión salvadora" (Const. *De Ecclesia*, n. 43)

Vida común

Es necesario, por fin notar que vivamos nuestra consagración en una vida común, inspirada en la primitiva Iglesia. La Profesión religiosa nos hace entrar en una familia; es un compromiso en una institución concreta, que tiene su fisonomía, su mentalidad, sus exigencias precisas, sus obras, sus cargas apostólicas. No se trata de una promesa solitaria hecha ante Dios solo, sino que es un acto público que nos agrega a un conjunto bien concreto, que tiene un nombre, una vocación, una misión, reconocida y aprobada por la Iglesia¹. Esta vida en común, que es un punto fundamental testimonia nuestra unidad en el Señor, para que todos reconozcan la Iglesia como comunión en el amor. Por nuestro espíritu fraternal (Judas. 20 y 21), nos anticipamos y prefiguramos la familia divina llegada a su plenitud el día del Retorno del Señor²

¹ Uno de los sentidos del escapulario que se impone en la Profesión es justamente el de significar la pertenencia al Instituto. Esta pertenencia no está constituida solamente por un acto de adhesión exterior, sino por el deseo interior y sincero de buscar la perfección religiosa propia del Instituto.

² Todo cuanto acabamos de decir es el desarrollo del artículo que presenta la vida religiosa como un testimonio y un anuncio, un servicio y un compromiso de la vida común por medio de los votos.

Los que aceptaron las palabras se bautizaron y se les agregaron aquel día como tres mil almas. Eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles en la comunidad de vida, en el partir el pan y en las oraciones. Pero los invadía a todos el temor ante las muchas señales y prodigios que realizaban los apóstoles. Todos los que iban creyendo abrigaban el mismo propósito y lo tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y lo repartían entre todos según la necesidad de cada uno. A diario frecuentaban unánimes el templo; partían el pan en las casas, comían alabando a Dios con alegría y de todo corazón, y siendo bien vistos de todo el pueblo. El Señor les iba agregando a los que día tras día se iban poniendo a salvo con el mismo propósito. (Hech. 2, 41- 47)

Artículo cuarto

Por vocación especial y por mandato de la Iglesia, los religiosos de los Sagrados Corazones tienen la misión de contemplar, de hacer presente y de anunciar en el mundo el Amor Redentor de Dios tal como se ha manifestado: en el Verbo hecho carne, bajo la imagen de su Corazón traspasado, y en el Corazón de la Virgen María, Madre de Cristo y nuestra. Reconociendo la unión indisoluble que existe entre el Corazón del Hijo y el de su Madre, enlazados en el designio de Amor Salvador de Dios, nos consagramos a ellos siendo juntos principio de Salvación. "La consagración a los Sagrados Corazones es el fundamento de nuestro Instituto" (P. Coudrin)

El artículo cuatro es el artículo central del capítulo primero de nuestra Regla. Lo que le precede y exige no puede ser comprendido más que en relación a este, prepara, aclara y desarrolla la riqueza de su contenido. En sus grandes líneas, nos muestra nuestra misión propia. Nos llega de la Iglesia; nacidos en su seno, su fuerza espiritual alimenta nuestra existencia. Pero en retorno, nosotros no queremos ser más que un testimonio, una manifestación, una expansión de su vida profunda. Hemos recibido de la Iglesia la misión de ser testigos del Misterio, del que ella misma saca su origen, que se continúa a través de ella: el Misterio de la Encarnación que, según el Plan redentor de Dios, comprende necesariamente a la Madre de Dios hecho hombre y se revela en los Corazones de Jesús y de María como Misterio de Amor.

La Obra de Salvación, actualizada por Jesús y María

Dios y Cristo, Hombre-Dios

Tal como existe realmente, Dios es Aquel que ama al mundo, que Él ha creado y salvado. No se retira a su absoluta trascendencia, sino que se manifiesta a la humanidad; no es solamente el "Espíritu Puro" de las reflexiones filosóficas, sino que interviene en la Historia, conduce los acontecimientos, aparece en la carne. "Después de haber hablado, de muchas maneras y bajo muchas formas, anteriormente a nuestros Padres por los profetas, Dios, en estos días que son los últimos, nos ha hablado por el Hijo..." (Heb. 1, 1-2). "Et Verbum caro factum est" (Jn. 1, 14) Por su Hijo único viene a nosotros y nosotros no podemos esperarle más que por él, "el solo Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre él mismo" (1 Tim. 2, 5 y Tito 3, 4-5) "Es por Él por quien tenemos la Redención" (Col. 1, 14) Y que la Salvación nos haya venido por Dios hecho hombre, en un momento de la Historia, "cuando se cumplieran los tiempos" (Eph. 1, 10), no es efecto del azar sino la realización del Plan establecido por Dios desde toda la eternidad: Es el "misterio de su Voluntad" (Eph. 1, 4-12) "que ha estado oculto desde los siglos en Dios" (Eph. 3, 9). La atención se inclina sobre el mundo. No tan solo quiere tener cuidado del hombre, sino llegar a ser hombre. Uno de los rasgos característicos del Cristianismo es la importancia de los acontecimientos históricos; su núcleo, es la Encarnación.

El Hombre-Dios y María

Previendo la Encarnación en toda su realidad concreta, Dios ha previsto el papel de María, "en su designio eterno que él ha concebido en Cristo Jesús" (Eph. 3, 11) Si consideramos a Cristo en la economía concreta de la Salvación, en su existencia real y no en su esencia abstracta de Hombre-Dios, debemos afirmar, debemos admitir, que no existe absolutamente sin María: "Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer" (Gal. 4, 4). Dios - si se puede decir- no se lo figuraba sin ella. En un solo y único decreto de Salvación, incluye a la vez al Hijo y a su Madre¹. No hay Encarnación sin María. Lo mismo que Cristo como Dios, no es concebible sin relación esencial a Dios su Padre, como Hombre, no lo es sin relación a su Madre terrestre. Está ligada al misterio de "Cristo", Verbo encarnado; desconocer a María implica siempre un desconocimiento del verdadero Cristo -¡Él es el verdadero escándalo!- y por el hecho mismo de la Voluntad redentora de Dios.

De ahí viene la eminente significación soteriológica de la Madre de Jesús: por ella, Cristo no es solamente "semejante a los hombres" (Phl. 2, 7), sino uno de nosotros, uno "que es descendiente de los patriarcas según la carne..." (Rom. 9, 5), enraizado en el género humano. Por María, el Hijo de Dios toma un lugar en el árbol genealógico de la humanidad (Mt. 1, 16). Y únicamente porque, por María, Jesús ha brotado del cuerpo de la humanidad, porque la sangre de

¹ Bula *Inefabilis Deus* del 8 Diciembre 1854: Pío IX; Cost. *Munificentissimus Deus* el 1 noviembre 1950: Pío XII (AAS 42, 1950-768)

la humanidad corre por sus venas, tenemos la salvación por su sangre (Eph. 1, 17): “vosotros que estabais lejos, estáis cerca por la sangre del Mesías” (Eph. 2, 13-16). De este modo, “por la muerte de su cuerpo humano, Él nos ha reconciliado con Dios” (Col. 1, 22); “como Sumo Sacerdote tomado de entre los hombres” (Heb. 5, 1), se ha convertido en Mediador del Nuevo Testamento (Heb. 9, 5); Él es nuestra Paz (Eph. 2, 14), Alianza eterna entre Dios y los hombres. Y es porque –según el misericordioso designio de Dios- el Verbo Encarnado nos ha sido dado por María por lo que le podemos acoger como nuestro Salvador: ella nos garantiza el Redentor.

Y ella no obra como simple instrumento, sino con toda libertad. Es el Fiat quien abre al Hijo de Dios el camino a este mundo; por este consentimiento, el único que ha sido dado en tal caso por la humanidad, es por el que la salvación ha entrado en este mundo (Lc. 1, 38). “Así María, hija de Adán, aceptando la Palabra divina, se convierte en la Madre de Jesús y de todo corazón, sin retrasarse por algún pecado, abrazando la voluntad de Dios, ella se consagró totalmente como Esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al Misterio de la Redención bajo Él y con Él, por la gracia del Dios Omnipotente” (Const. *De Ecclesia*, n. 56) Por ello está en relación con el Hombre-Dios no solamente como principio biológico, sino como persona: unida a Él con toda la fuerza de su corazón, no existiendo más que para Él. El Fiat no engloba solamente la Encarnación, sino toda la existencia y la obra de Jesús su Hijo, (¡estaba al pie de la Cruz!). El “sí” que pronunció nos ha hecho el don del Redentor.

La Virgen está plenamente con la persona y la obra de su Hijo; el Verbo de Dios ha confiado en ella para recibir su existencia humana: en razón de esta íntima pertenencia mutua es por lo que nosotros nombramos a Jesús y a María juntos. Sin embargo es claro que no colocamos a María en pie de igualdad con Jesús; no se quiere con ello más que poner en evidencia la unión -¡hecha posible por subordinación!- que existe entre ellos: unión querida por Dios, aceptada por María, realizada en la economía actual. Si los consideramos juntos, es finalmente a causa de la osadía misma de Dios, que ha querido unir dos extremos infinitamente distantes (divinidad y humanidad) en la Persona de su Hijo convertido en hombre “ex María Virgine”².

La Obra de Salvación, manifestada como Misterio de Amor en los Sagrados Corazones de Jesús y de María

La espiritualidad de nuestra Congregación tiene esto de particular, que acepta con sumisión y admira esta verdad que Dios se da a nosotros, no directamente, sino por intermediario: Él es “el Padre de Nuestro Señor Jesucristo” (Eph. 1, 3); se aproxima a nosotros, nos salva y nos ama por su Hijo, nacido de María; su Verbo divino se nos muestra en una naturaleza humana; expresando su realidad propia en lo visible, se hace carne (Tito. 3, 4-5), se convierte en hombre (Jn. 1, 14). “En Él, Dios deja habitar corporalmente

² Se puede leer con utilidad RHANER, *Marie, Mère du Seigneur*, p. 115 (Editions de l'Orante) con la densa oración final

toda la plenitud de su divinidad" (Col. 2, 9). Es en esta estructura fundamental del Cristianismo (e.d. la Encarnación histórica, que une inseparablemente en una Persona dos realidades infinitamente distantes y distintas) donde encontramos, en último análisis, la justificación de la devoción a los Sagrados Corazones. Si, haciéndose hombre, Dios quiere colocarse a nuestro alcance, hacerse comprender y amar por nosotros, Le comprenderemos y amaremos tanto mejor cuanto mejor conozcamos al Hombre-Dios como "Corazón".

El corazón

Porque el corazón contiene todo lo humano. No se trata en primer lugar del corazón físico y, de modo derivado, de alguna cosa espiritual: el amor, por ejemplo. Según el lenguaje humano y el de la Escritura (Jer. 1, 32; Prv, 23, 26; Lc, 24, 32; Mt. 18, 25; Rom. 10, 9; Mc. 7, 21; Rom. 10, 9; Mc. 7, 21; Rom. 8, 27; Cor. 14, 25; I Thes. 2, 4 y 2, 17; Heb. 4, 12; I Tim. 1,5; I Pe. 3, 4), la palabra "Corazón" significa ante todo, indudable y directamente, al hombre mismo, en la plenitud de extensión y profundidad de su realidad corporal y espiritual. Es el núcleo de la persona, el manantial de todos sus pensamientos y sensaciones, la fuente de su ser, el hogar en que se concentra y desde donde reluce su vida concreta; es el campo secreto donde se recoge, donde siente su desamparo, donde percibe la llamada del "tú", donde aspira a abrirse, a sobreponerse, a reencontrar otro corazón.

Ahora bien, el lugar en que el hombre constata sus sentimientos, donde percibe el eco de su "yo" más profundo, es su corazón de carne, que estalla de alegría o se rompe de dolor. Es en su corazón de carne, sensible y vulnerable, donde es alcanzado, donde resiente el atractivo el espíritu y de los sentidos, donde se siente mal, donde sufre de inquietud y disgusto, donde experimenta la serenidad y la paz. Porque le pertenece tomar decisiones es por lo que se cuarteja por las alternativas de permanecer fiel o de perderse, de esperar o de desesperar, siempre expuesto al drama de las opciones. Y porque el hombre se encuentra solo en estas coyunturas, solo de él se puede decir en estricta verdad que tiene un corazón. Más aún, que es corazón

El Corazón de Cristo

Por Cristo, el corazón es elevado infinitamente por encima de la categoría humana; recibe las dimensiones del Hombre-Dios. Lo que Dios quiere decirnos en Cristo nos es revelado en último lugar en el signo grandioso del Corazón de Jesús. La totalidad de la Encarnación se expresa allí; Dios, el incomprendible, el intangible, el infinitamente lejano se nos ha hecho próximo en el Corazón de Jesús. El Corazón de Cristo subraya de manera precisa el hecho real del "Verbum caro factum est" (Jn. 1, 14): "se anonadó a sí mismo tomando la condición de esclavo" (Phl. 2, 7), ha llegado a ser sensible a todo lo que puede perturbar un corazón humano. En él, nos ha mostrado que nada de lo que es verdaderamente humano, es dejado de lado, condenado, sino salvado por el cielo. Si el corazón del hombre es el centro de su propio mundo, Cristo entonces de manifiesta en su Corazón como el centro de todo: engloba el cielo y la tierra, Dios y el hombre.

Muestra también las verdaderas dimensiones de todo lo que espanta al corazón del hombre. Jamás corazón alguno ha sido tan desgarrado por el pavor del abatimiento y del pecado, porque Él era el Santo. Pero ningún corazón se ha estremecido como el suyo a la vista de la verdadera Felicidad: el Amor de Dios, del que Él era el Hijo bienamado. Se ha puesto del lado de los pecadores, tomando en su Corazón el pecado en su horror y expiándolo en el fuego de la cólera de Dios –“El Señor quería triturarlo con el sufrimiento” (Is. 53, 10) Así es como, en su Corazón, cumplió el misterio de nuestra salvación, conciliando justicia y misericordia (*Haurietis Aquas*, 2ª parte); por su Corazón es como llega a ser el Mediador, nuestra “Paz”, nuestra “Reconciliación”; es en el Corazón del Hombre-Dios –punto sensible de todos los valores- donde las aspiraciones de los hombres encuentran el camino de la Casa del Padre. El Corazón de Cristo nos dice aún algo que no nos dice el corazón humano. El corazón del hombre no es garantía del amor, que puede por otra parte ser superficial y vacío, inconsistente y frágil; la Escritura habla de un “corazón malvado”. La meditación amante del Corazón de Dios, abierto por la lanza nos vuelve evidente la increíble Esperanza: Dios es amor; el Amor es el fondo de la realidad y la única realidad fundamental³.

Se necesitan muchas palabras para decir lo que es Cristo; y aún no lo dicen si no recurren a la palabra que lo dice todo: Corazón de Jesús. Es el compendio del Misterio de la Redención⁴ y el culto del Corazón de Cristo es el resumen de la religión cristiana. Del costado abierto de Cristo brota el misterio de la Iglesia. En la Liturgia, la Iglesia celebra la muerte y la resurrección del Señor que tienen su lugar en el centro de su Corazón⁵. “Y esta es la razón por la que, si se quiere afirmar que el punto central del mundo y de Dios es nuestra salvación, se dirá siempre “Corazón de Jesús”⁶.

El Corazón de María

Pero no se encuentra este Corazón sin encontrar otro. Por un decreto eterno de la voluntad divina, el Logos debía llegar a ser “Corazón”, e.d. el centro y la reconciliación en su Encarnación. Esta se cumple por María. Por esta razón Jesús, en tanto que “Corazón”, nos reenvía a su Madre. No se trata solo de un punto de vista psicológico. La voluntad de Dios se dirige a María como persona, en su interioridad más profunda. Y la respuesta de la Virgen viene desde las profundidades de su ser: todas las fuerzas de su cuerpo y de su alma, todas sus potencias de amar, de darse se concentran en su “Fiat”. Ella lo expresa sin cesar en las alegrías como en las angustias maternas, en el momento en que una espada traspasa su Corazón (Lc. 2, 25) Jamás una persona ha comprendido, como María, a Cristo en tanto que (como) Corazón; ninguna persona, como Ella, ha sentido la Pasión de su Corazón de Redentor: “...la Bienaventurada Virgen María progresó en el camino de la fe y conservó fielmente su unión con su Hijo hasta la Cruz donde, no sin un designio divino,

³ *Le Coeur du Sauveur*, p. 169-170, RHANER (Friburg 1954)

⁴ *Haurietis Aquas*, (AAS 48, 1956, p. 336)

⁵ *Const. De Sacra Liturgia*, n. 5.

⁶ RHANER, Sesiones de Estudios, Primer Congreso internacional sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús, (Barcelona 1964), p. 57

ella se mantuvo, sufrió profundamente con su hijo único y se asoció con toda su alma maternal a Su sacrificio, aceptando con amor la inmolación de la víctima que ella había engendrado" (Const. *De Ecclesia*, n. 58). El Corazón de Jesús está intrínsecamente ligado al Corazón de su Madre. Solo contemplando a Jesús y a María a la vez, y en el signo de su "Corazón", es como podemos comprender de la mejor manera "la anchura y la largura, la altura y la profundidad" (Eph. 3, 18), la realización concreta del Misterio que "desde toda la eternidad estaba escondido en Dios" (Eph. 3, 9), la "insondable riqueza de Cristo" (Eph.3, 9), es decir, la "gloria de su gracia" (Eph. 1, 6).

Nuestra Consagración a los Corazones de Jesús y de María respuesta al Amor Redentor de Dios

Amar, contemplar este Misterio tal como nos es revelado en el Corazón de Cristo y en el de su Madre, vivirlo y anunciarlo: esto es a lo que estamos llamados y lo que debe de ser el programa de nuestra vida.

Consagración a Dios, a Cristo, a María

Esta vocación se enraíza en nuestra profesión, que se presenta en definitiva como una consagración a los Sagrados Corazones de Jesús y de María. En cuanto donación definitiva e irrevocable, la consagración se dirige en último análisis únicamente a Dios. Pero en la economía de salvación escogida por Él, no hay más que un camino por el que podemos darnos a Él: Cristo Jesús (Jn. 12, 6; 15, 5) En Él es en quien nos salva de nuestro estado de pecadores y hace de nosotros sus hijos bienamados. Fundamentalmente esto se cumple en el bautismo, por el cual, muertos al pecado, vivimos para Dios (Rom. 6, 11). El sentido profundo del bautismo es el de una consagración a Dios: por él llegamos a ser "de Dios" porque somos "de Cristo". De este modo dependemos de Dios hecho hombre en nuestra pertenencia a Dios. Por el hecho mismo, también de María, su Madre, que ha entrado en el misterio del Verbo encarnado⁷. Dios nos otorga a Cristo, y en consecuencia la salvación, por María. Dependemos realmente de ella en nuestra pertenencia a Cristo, en la medida en que le es confiada esta función mediadora, según el designio salvífico. El bautismo nos incorpora a Cristo como miembros vivos y por eso mismo llegamos a ser hijos de Dios; pero esto no es posible sino porque el Hijo de Dios, al recibir la naturaleza humana de María, llega a ser la Cabeza de toda la especie humana y la adopta como su cuerpo. De este modo, la economía de la salvación, la realización concreta de la Redención y lo que ella implica: consagración y pertenencia a Dios, todo esto lleva el sello de encarnación y por tanto marial. La Virgen María penetra hasta lo más profundo de nuestra existencia cristiana recibida en el Bautismo⁸.

⁷ Const. *De Ecclesia*: "lazo estrecho e indisoluble", c. VIII, n. 53

⁸ Moviéndose en un plano teológico tan delicado, los autores del texto se ven obligados a no ceder en nada a tentaciones de facilidad y adorno en el lenguaje, sino a sortear estos escollos con una lógica contundente, pues por encima de todo lo que debe resplandecer es el "esplendor de la verdad". N.T.

Entonces se aclara el sentido único que puede tomar la fórmula: *consagración a María*. Esta no hace más que expresar la consciente y voluntaria trasposición, en la vida, de nuestra consagración a Dios, tal como Él la ha querido: e.d., aún dándonos personalmente a la Madre de Dios y no solamente a Dios por María (e.d. considerándola como simple intermediaria de nuestra consagración a Dios), somos sin embargo conscientes de que nuestra donación no se detiene en Ella. María está totalmente orientada hacia Dios y relacionada [*relativité à Lui / en relatividad o relativizada*] a Él 'quasi-encarnada'; nuestra consagración a su persona será por tanto el mejor modo de consagrarnos a Cristo y a Dios, ya que esta manera de obrar responde enteramente a la economía de la salvación. La Virgen nos hace ir a Aquel al que ella se ha dado totalmente⁹. Nuestra profesión religiosa no quiere otra cosa que profundizar, convertir en más vivo y explícito el sello marial contenido en nuestra consagración a Cristo y a Dios, por el Bautismo.

Consagración a los Corazones de Jesús y de María

Como nuestra vida religiosa no viene inspirada en primer lugar por el atractivo de la gloria y del poder de Dios, sino por su Amor Redentor manifestado en los Corazones de Cristo y de su Madre, nuestra respuesta no se dirigirá en consecuencia a la majestad dominadora de Dios, sino a este Amor en su manifestación concreta la más elevada: nos consagramos, pues, a los Corazones de Jesús y de María.

No se trata de dos actos de consagración paralelos, sino de una sola consagración. Esta sin embargo comporta dos elementos de valor diferente que forman como una ascensión gradual hacia Dios; no hacemos con ello más que modelarnos sobre la manera misma con que Dios se ha aproximado a nosotros, a saber: la cooperación de Cristo y de su Madre, en la obra salvadora. Ciertamente, Cristo es el Único Mediador; su Mediación es finalmente la sola que se da; "... toda la influencia saludable de la Bienaventurada Virgen hacia los hombres... se apoya sobre Su mediación y de esta depende y saca toda su fuerza..." (Const. *De Ecclesia*, n. 60.) María no es mediadora al lado del Mediador. La función mediatrix de Cristo –el único, al fin de cuentas- procede de la mediación de María y la incluye [*comprend*] como elemento intrínseco. Si nos damos a Ella, no lo hacemos más que en correspondencia con su función en el plan de salvación; vamos hacia Ella no para quedarnos allí sino para dejarnos arrebatados por el movimiento de su corazón hacia el Corazón de Cristo, y finalmente hacia Dios¹⁰.

⁹ Está claro que nuestra consagración a María no es comparable en nada a la que se hace a un Santo. Nuestra consagración a María tiene un carácter totalmente particular, por el hecho de la función mediadora que Dios le ha reservado: no se trata de diferencia de grado, sino de diferencia de plan.

¹⁰ RHANER: *Von der Not und dem Segen des Gebetes* (Herder 1961), p. 114. Es útil volver a decir que *en estricta terminología*, no hay más consagración que la dirigida a Dios. No hay más que una diferencia de grado entre nuestra consagración a Jesús y nuestra consagración a María. Solo Jesús puede ser medio y término de nuestra consagración, porque es Dios; como tal es fundamento de nuestra Fe, de nuestra Esperanza, de nuestra Caridad. María, a pesar de participar misteriosamente en el papel vivificador de Cristo, es una creatura que no puede ser término último de nuestra consagración. Lo que *no debe hacernos concluir* que nuestra

Artículo quinto

Sintiendo con una conciencia viva que el pecado, en cada uno de nosotros y en el mundo, obstaculiza al Amor Salvador de Dios y atenta contra los Corazones de Cristo y de la Virgen María, nos unimos profundamente a su obra redentora y les dirigimos los homenajes de amor y de reparación. Así, nuestra vida toda entera está animada de un espíritu de amor reparador.

Preliminar importante

En el comentario de este artículo 5, nos hemos sentido incómodos por la imprecisión de la palabra: Reparación. Este término, tradicional sobretudo después de Sta. Margarita María, significa de hecho realidades diversas. Ya es una sorpresa que no se la encuentre en los Vocabularios o Diccionarios bíblicos como el *Bibel-Lexicon* (herausgegeben von Herbert Haag), el *Vocabulaire de Théologie biblique* publicado bajo la dirección del Padre Xavier Léon Dufour (Edit. du Cerf, 1962) o el *Vocabulaire biblique* de Jean Jacques Von Allmen (protestante); una *Introduction à la Bible* tan seria como la de Robert et Feuillet, no habla de ella.

De hecho, el lenguaje bíblico describe la realidad de la Salvación con un abanico de términos que expresan matices muy diversos, y caracterizados. Se podría, muy esquemática y aproximadamente, dar el índice siguiente, que tendrá el interés de mostrar los diversos aspectos de salvación y su expresión en el vocabulario bíblico (se puede consultar: *Introduction à la Bible* (Robert et Feuillet) Tomo 2, p. 841-890; *Ami du Clergé*, del 28 enero 1965, p. 55; *Manuel théologico-pastoral de l'Apostolat de la Prière*, p. 140-151 (Roma 1955); *La Rédemption mystère d'Alliance*, (Jean Galot s.j., 1965).

1. Cristo ha venido a salvar lo que estaba perdido; para ello, se inmoló, murió y resucitó por obediencia: Ofrece al Padre una *Satisfacción*.
2. Esta satisfacción, ofrecida por Cristo en nombre de los pecadores, tiene toda una serie de consecuencias:
 - sobre el pecado mismo: Dios lo borra, purifica al hombre: *Expiación*
 - sobre el hombre en tanto que considerado como esclavo: *Liberación*
 - en tanto que considerado como muerto : *Regeneración*
 - en tanto que considerado como pecador: *Justificación*
 - en tanto que propiedad del demonio: *Compra, Rescate*
 - sobre las relaciones entre Dios y el hombre: *Reconciliación*

donación a María consiste en el simple hecho de que ella es nuestra protectora, o que ella debe entenderse en un sentido metafórico.

3. El proceso de conjunto de la Salvación, que comprende los aspectos siguientes:
- Cristo se entrega por nuestros pecados, (misterio pascual)
 - para rescatar de toda iniquidad (tema de la liberación)
 - y purificarse un pueblo que le pertenece (tema de la Alianza)

todo esto es designado en la Biblia por la palabra general de:
Redención

En todo esto no aparece la palabra "Reparación". Su empleo es tardío y se presta a confusión. Puede significar: o el sacrificio ofrecido a Dios para borrar la ofensa que se le ha hecho y rendirle el honor que le es debido (satisfacción); o la satisfacción que ha ofrecido Cristo a su Padre, en nuestro nombre (se dirá: La Reparación de Cristo); o la satisfacción que ofrecemos nosotros mismos a Cristo ofendido.

Estamos persuadidos de que un estudio sobre la relación entre la palabra "Reparación" y las expresiones bíblicas correspondientes será de gran utilidad, sobretudo para profundizar el sentido de nuestra vocación: 1º para evitar toda crítica de dolorismo, de aspecto "devocional"; 2º para permitir sobre este punto también un diálogo ecuménico, porque los protestantes no comprenden el término "Reparación" que no es bíblico.

* * * *

Estamos consagrados a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, como unidos indisolublemente en la Obra de Salvación. Se nos manifiestan como la expresión más elevada del Amor Salvador de Dios. Ahora bien, este Amor ha sido contrarrestado por la malicia y el pecado de los hombres. Israel "ha cometido adulterio con la madera y la piedra" (Jer. 3, 9). Por eso debemos poner todos los medios para reparar lo que está destruido. El artículo 5 define nuestra Reparación. Tiene dos sentidos: 1). Primero, es participación en la Redención de Cristo. Reportando la victoria sobre la muerte por su muerte y su resurrección, ha rescatado al hombre y le ha transformado en una criatura nueva (Const. *De Ecclesia*, c. 1, 7.); como la Virgen María, debemos entrar en la Redención de Cristo. Solo cuando estemos enraizados en Él, podremos nosotros mismos continuar lo que falta a su Pasión. 2). La Salvación, tal como concretamente se ha realizado por Cristo, venido de la Virgen María, es de hecho desconocida por muchos; los sufrimientos soportados por Cristo, y por la Virgen María, unida a su Hijo de una manera única en el Calvario, (*Haurietis Aquas*, n. 73) no producen todo su fruto a causa de la malicia humana; por eso queremos ofrecer a sus Corazones, como una suerte de rescate, nuestros homenajes de piedad, de gratitud, de amor y de reparación.

En Cristo, nuestro Redentor

La actitud fundamental de Cristo es la reparación: "El Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc. 19, 10). Lo que estaba

perdido, es el género humano en su totalidad, “el olivo salvaje” –acebuche- y “el olivo natural” (Rom. 11, 17) Jesús es el Salvador del mundo porque le libra de sus pecados, de la muerte. No ha venido por sí mismo; ha sido enviado por Dios (Deut. 18, 18) para restaurar la obra de amor del comienzo, destruida por el pecado de los hombres: “Porque Dios es Amor. Ha manifestado su Amor por nosotros enviando su Hijo único al mundo, para que nosotros vivamos por él” (I Jn. 4, 8). “Y ahora habla el Señor, que ya en el vientre me formó siervo suyo, para que trajese a Jacob, para que reuniese a Israel –tanto me honró el Señor y mi Dios es mi fuerza- : “Es poco que seas mi siervo y restablezcas a las tribus de Jacob y conviertas a los supervivientes de Israel; te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra” (Is. 49, 6). San Pablo hará a los Efesios la misma promesa: “Por Él, por medio de su sangre obtenemos el rescate el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia” (Eph. 1, 7)

Cristo es el perfecto Reparador del pecado, porque Él ha ofrecido el sacrificio perfecto. En el corazón de todo pecado, hay un rechazo de obedecer a Dios y de amarle; Cristo se ha ofrecido, por amor y obediencia, en nombre de los pecadores. El pecado es también búsqueda deliberada de una satisfacción contraria a la razón y a la Ley divina; por eso ensucia el alma y, por añadidura, merece castigo; Cristo ha tomado sobre Él el castigo por la purificación de nuestra alma. Ha llegado hasta el final de la obediencia: “obediente hasta la muerte y una muerte de cruz”. Pero la eficacia de su reparación viene de su dignidad de Hijo de Dios. Por Él y en Él, cabeza de la humanidad, ofrecemos a Dios un homenaje sin defecto: la alabanza, el reconocimiento, la expiación que merecen la Majestad y el Amor infinito. “Sí, tal es el sumo sacerdote que necesitábamos: santo, inocente, sin tacha, ni mancha...” (Heb. 7, 26). Sin embargo es él quien “tenía que ser en todo semejante a sus hermanos, para poder ser un sumo sacerdote compasivo y acreditado ante Dios para expiar los pecados del pueblo” (Heb. 2,17 y 4, 14) “...haciendo las paces por la sangre de su cruz” (Col 1, 20). Por él, el género humano, desviado de Dios, vuelve a su destino natural: “Quedamos consagrados por la ofrenda, hecha una vez para siempre, del cuerpo de Jesucristo” (Heb. 10, 10) En la sangre de su Hijo, Dios ha contraído con los hombres una alianza eterna” (Heb. 9; Mt. 26, 28. –añadir: Is. 42, 6; Sal. 106 y el Canto del Siervo: Is. 63, 1-12).

Esta satisfacción es a la vez superabundante y completa. San Pablo lo supone bien cuando declara “... completar, a favor de su cuerpo que es la Iglesia, lo que falta a los sufrimientos de Cristo” (Col. 1, 24). La Redención es, pues, a la vez sobreabundante y deficiente. Nuestra vocación no tiene sentido más que con esta doble condición. Si Cristo había terminado todo ¿qué nos quedaría por hacer? Pero si él no había ofrecido una satisfacción suficiente, estaríamos aún en nuestros pecados, en consecuencia incapaces de encontrar gracia ante Dios. El entendimiento de nuestra vocación exige que tengamos una visión clara de estos dos aspectos aparentemente contradictorios. Pero ¿cómo la Reparación de Cristo puede estar incompleta? Pío XII da la respuesta: “Muriendo sobre la Cruz, Cristo ha comunicado a su Iglesia, sin ninguna colaboración por su parte, el tesoro sin límites de su Redención”, pero

“cuando se trata de distribuir este tesoro, no solamente el comparte con su Esposa inmaculada la obra de la santificación de las almas, quiere también que esta nazca, por así decir, de su trabajo” (*Mystici Corporis*, n. 24) Por su bienaventurada Pasión, nos ha asignado solo un fondo de gracia inagotable, pero no quiere hacerlo valer solo. ¿Por qué? “Habría podido comunicar él mismo (lo beneficios de la Redención) a todo el género humano” (Ibd. n. 9). Aquel que él solo, es suficiente para merecerlos, ¿cómo no habría de ser suficiente para repartirlos? En consecuencia, “no es por su parte indigencia o debilidad, es más bien disposición tomada por el mayor honor de su Esposa sin mancha” (Ibid. n. 24). Quiere hacer participar a sus miembros en su potencia redentora, asociarles a su misión y a su gloria de Salvador del mundo. Con lo cual, prueba su fuerza y su amor por nosotros.

Nuestra colaboración. Hay una colaboración que todo adulto debe aportar a su propia salvación: La Fe y la recepción de los sacramentos necesarios (Mt. 16, 16; Jn. 6, 33; Rom. 6). No es esta la que interesa directamente a nuestra vocación reparadora; es la que permite e impone a los fieles de Cristo el contribuir a la salvación de sus hermanos. Convertidos en miembros de Cristo, viviendo de su gracia y de su Espíritu, emplearse de generación en generación en ganarle nuevos miembros hasta que él alcance la plenitud de su talla. Están obligados a hacer, en calidad de miembros, lo que Él mismo ha hecho como Cabeza; es necesario que los miembros se parezcan a la Cabeza, en su ser y en su actividad. “... A aquellos a los que él une íntimamente a su vida y a su misión, les da del mismo modo una parte de su oficio sacerdotal para que ejerzan un culto espiritual con el fin de que Dios sea glorificado y que los hombres sean salvados”. El poder dado por Cristo a sus discípulos les sirve para vencer en ellos el Reino de Pecado “y en consecuencia, para que sirviendo en los otros a Cristo mismo, conduzcan con humildad y paciencia a sus hermanos al Rey...” (Const. *De Ecclesia*, n. 34 y 36). Sin duda, todos los miembros no tienen los mismos poderes para la edificación del Cuerpo de Cristo: algunos son reservados a la Jerarquía (Ibid. c. 1. n. 7), pero todos cuantos están dedicados a Cristo y consagrados por el Espíritu Santo, pueden cooperar por el ejemplo, la oración, el sufrimiento: “En efecto, todas sus obras, oraciones, e iniciativas apostólicas, la vida conyugal, la vida de familia, el trabajo diario, el descanso corporal y espiritual, si están cumplidos en el Espíritu, y hasta las dificultades de la vida, si son soportadas con paciencia, se convierten en “sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo” (Ibid. n. 34) Más que los otros, los reparadores deben acordarse de que es con su propia sangre como Cristo se ha adquirido su Iglesia” (Act. 20, 24), según los designios de Dios: la Redención, que ha sido realizada por la Pasión, no se acabará (plenitud) de otro modo. Da ahí el deber de completar lo que falta a la Pasión de Cristo en nuestra carne por su cuerpo, la Iglesia. Los que quieren ser salvadores con Él “deben inmolarse ellos mismos como víctimas”¹; que ellos ofrecen como una hostia viva, santa, agradable a Dios².

¹ *Mediator Dei*, 2ª parte; (añadir: Rom. 6, 13; 1 Jn. 5, 14; Lc. 18, 18; Job. 1, 5; Tob. 3, 3)

² Rom. 12, 1 (ver también. Const. *De Ecclesia*, n. 32 y 33)

Reparación hacia los Corazones de Jesús y de María

Nuestro Capítulo fundamental es claro: debemos reparar la "injurias hechas a los Sagrados Corazones de Jesús y de María por lo enormes crímenes de los pecadores". Esta formulación, hay que decirlo, es desagradable y restrictiva; pero no debe hacernos olvidar la verdad que contiene. Por otro lado, son múltiples los textos análogos, y datan de los orígenes. Para situar bien nuestra reparación, es útil reflexionar un poco sobre las dimensiones del pecado. Primero y ante todo, el pecado es una *ofensa contra Dios*. Se juzga a veces de la gravedad de una falta según las repercusiones sociales, el escándalo provocado, el mal hecho al hombre; ciertamente, estos elementos entran en juego, pero juzgar de entrada a partir de las consecuencia humanas, es tomar las cosas al revés. El pecado es grave en razón de que Dios es ofendido gravemente. Es ante todo desobediencia a la voluntad de Dios, preferencia dada a nuestro propio querer sobre el Suyo, rechazo de servirle. Como tal, rompe la unión entre el Señor y nosotros; crea una discordancia. La Amistad divina instaura en nosotros un acuerdo, una armonía: el pecado desmembra, es dislocador. A fin de cuentas, pecar es ser infiel a un Amor (1 Jn. 3).

El pecado es, también, *desprecio de Cristo* que ha sufrido por nosotros. Es el rechazo de la Redención, tal como se ha realizado concretamente, es decir, por el Hijo único de Dios, hecho carne de la Virgen María. Se rechaza el fruto de Salvación, tan laboriosamente adquirido. En el corazón de todo pecado, hay por tanto un ataque al Amor de Cristo, y también –indirectamente– al de la Virgen, inseparable de Él en la salvación. Hacer fracasar un plan, es insultar a los instrumentos que lo realizan. El pecado no atenta solamente a Dios, en su Justicia y su Amor, sino que atenta a las mismas personas escogidas para realizar el plan de Dios: Cristo en primer lugar, y aquella que le está "unida por un lazo indisoluble" (Const. De *Ecclesia*, VIII, n. 53), la Virgen María.

Es necesario llegar más lejos y afirmar que el pecado atenta *contra el Cuerpo Místico* por entero. El pecado jamás es la infracción de una ley abstracta, pero aporta finalmente un retraso al reino de Dios, una traba y un obstáculo a que se vaya constituyendo el Pueblo de Dios. La Biblia nos instruye sobre este punto: la Palabra de Dios siempre tiene como designio la comunidad de los elegidos, mientras que el pecado aparece como la fuerza que la contraría. El pecado deshace la unidad de este pueblo elegido, de esta Nación escogida que Dios reconstruye incansablemente (Jer. 5,1 – y Ez. 37, 15). Cada uno de nuestros pecados, hasta el personal y oculto, tiene una repercusión sobre el Cuerpo entero; toda alma que se rebaja, rebaja al mundo. Si un miembro está enfermo, el resto del cuerpo no queda indiferente, sino que sufre. Todo pecado es un golpe infligido a la unidad del cuerpo de Cristo, una herida. "Dios hace a cada hombre personalmente responsable ante él de todos sus hermanos, y porque hay un grandeza en el hombre, es por lo que hay tan terrible gravedad en su pecado"³.

³ Mons. Blanchet (Conferencias en N. D. de París)

Ahora se comprenderá mejor el valor de nuestra reparación y sus dimensiones: restaura, en Cristo, nuestros lazos con Dios, nuestro Padre acogedor de los hijos pródigos; reconoce y acepta el papel salvador de Cristo y de su madre, hace que la Redención lleve el máximo fruto, rinde así a Jesús y a María el honor que les es debido; reconcilia a los cristianos con la Iglesia a quien ha infligido una herida por el pecado (Const. *De Ecclesia* 2, 11 (2º párrafo). Consagrados a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, es normal que, en nuestra reparación, nosotros pretendamos de manera especial rendirles nuestros homenajes de amor y de gratitud⁴. Es querer permanecer en la línea de nuestra vocación.

El espíritu de reparación, actitud fundamental

La reparación es una actitud fundamental de nuestra vida, uno de los polos de nuestra vocación. Tenemos la voluntad expresa de dar a nuestra vida el sentido de una reparación⁵. Esta vocación no nos impone, por otro lado, otras obligaciones que las inherentes a nuestra profesión religiosa. No es el resultado de un compromiso complementario, se confunde con nuestros compromisos religiosos. Toda vida religiosa en sí misma, con todo lo que ella implica y entraña, es la materia de nuestra reparación. Lo que nos es propio, en virtud de nuestra profesión, es la voluntad expresa de dar a nuestra vida el sentido de una reparación. Todos los religiosos se consagran enteramente al servicio de Dios y se ofrecen, por decirlo así, en holocausto; nosotros hacemos de esta exigencia común un objetivo expresado, expresamente querido y buscado. La actitud reparadora por sí misma no es específicamente congreganista; es simplemente cristiana. Pero todos los cristianos no hacen de ella un objetivo explícito de su vida, una de sus ideas fuerza que 'subtienden' una existencia, un estado de alma deliberadamente mantenido.

Por esta razón, nada hay en nuestro diario caminar que no esté orientado hacia una participación más profunda en la Redención de Cristo. Nuestra vida entera, con sus alegrías y sus sufrimientos, sus días de lluvia y de sol, es complemento de lo que falta a la Pasión de Cristo por la Iglesia. A través de la movida trama de los acontecimientos, nos mantenemos en ese estado de pecador rescatado, que colabora en la salvación de sus hermanos. El peso del deber de cada día, las inevitables contrariedades de la vida común, el aspecto penoso de ciertos ejercicios, las renunciaciones de los votos: todo es leña que alimenta nuestro fuego de amor reparador⁶. "Bondad y verdad reparan la culpa" (Prov. 16, 6). "El amor disimula las ofensas" (Prov. 10, 12) Nuestra oración será una constante intercesión por el mundo; recuérdese el admirable diálogo entre Yahvé y Abraham: "Yahvé dice: El grito que se levanta de

⁴ *Haurietis Aquas*, n.73 (Se podría ver *Exposé historique du Chapitre Préliminaire* del P. HULSELMANS, p. 138). La reparación hacia los Sagrados Corazones de la que se trata aquí no hay que entenderla en manera alguna como un "reconocimiento público de los pecados" (amande honorable)

⁵ Se podrían revisar las notas del P. Jean Yves Kerrien, ss.cc., que utilizamos aquí.

⁶ Los votos nos permiten reparar de dos maneras: porque son fuente de mortificaciones incesantes, pero también porque son una manera de reconocer positivamente la infalibilidad de la sabiduría de Dios que nos conduce, su Providencia paternal con los pobres, su soberana amabilidad.

Sodoma y Gomorra es muy fuerte, y su pecado es enorme... Abraham dice: Que el Señor no quiera irritarse si hablo..." (Gen. 18, 20-32; I Jn. 5, 14; Ex. 32, 11). Dios mismo nos asegura su misericordia: "... si mi pueblo que lleva mi nombre se humilla, ora, me busca y abandona su mala conducta, yo lo escucharé desde el cielo, perdonaré sus pecados y sanaré su tierra" (2 Cron. 7, 14; Eccl. 36, 10).

Todo esto supone en nosotros una viva conciencia de pecado, que es siempre una viva falta de Amor. Se conocen los símbolos por los que la Biblia presenta el Amor desconocido de Dios: es la esposa infiel que "con su fácil prostituirse, infamó el país" (Jer. 3, 9); "Se decía, me voy con mis amantes, que me dan mi pan y mi agua, mi lana y mi lino, mi vino y mi aceite (2, 4-7); en las calles y en las plazas públicas, ni fidelidad, ni justicia (Jer.5, 1...). Es la viña mimada que ha dado agrazones (Is. 5, 4), la viña descepada con rabia y ahora plantada en la estepa (Ez. 19, 10...); "Me pasa como al que rebusca terminada la vendimia : no quedan racimos que comer...(Mic. 7, 1). Las ovejas son abandonadas por el Pastor, y se olvida a Dios por aljibes agrietados que no retienen el agua (Jer. 2, 12). El espacio ocupado por el pecado en la Historia tiene algo de alucinante; se extiende en las dimensiones del tiempo y del espacio enteros. Todo mapa geográfico es finalmente un mapa del pecado, y el globo terrestre que considero se me muestra de repente espantoso por la innumerable malicia humana. En lo más secreto de mi carne y de mi corazón, me siento a mí mismo envenenado: "Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y no somos sinceros" (1 Jn. 2, 8) . Una conciencia ecuménica estará aún más sensibilizada al peso del pecado en general, y de lo suyos en particular, como ofensa a la Unidad de Cuerpo de Cristo.

Nuestra vocación de reparadores encuentra hoy en el Ecumenismo una nueva dimensión. Cristo es el Gran Reparador por excelencia, el Solo a fin de cuentas, y debemos esforzarnos, por vocación especial, por entrar en sus actitudes de Redentor. ¿Cuáles son estas? San Juan, resumiendo la obra del Señor, nos lo dice: "Iba a morir para traer a la Unidad a los hijos de Dios que estaban dispersos" (Jn. 17) Conocemos la última oración de Cristo (Jn. 17), en la que el Señor muestra hasta la evidencia que Él ha venido al mundo para reagrupar el rebaño de Israel, recapitular a los hombres en Dios. Su misión reparadora ha consistido en trabajar en el agrupamiento de los hijos de Dios en un Pueblo; su misión de redentor es una misión de Unidad: no salva a los hombres más que uniéndolos en el Amor. Toda vocación cristiana, y a fortiori toda vocación particularmente reparadora estará en la misma línea: reconstruir la Unidad de los hijos de Dios. Ahora bien ¿quién no ve que el reagrupamiento de los cristianos separados es una parte principal de este trabajo? ¿Quién no ve que, en el inmenso esfuerzo de reunión de los hombres en Dios, a unidad de los bautizados es cosa indispensable? Esto nos impulsa a decir que, si todo cristiano debe llevar en el corazón el ser un trabajador ecuménico, nuestra propia vocación de reparador, siguiendo a Cristo, nos propone de hecho una obligación precisa.

Lejos de ser una añadidura sentimental, nuestra vida reparadora nos enraíza en lo más profundo de la Iglesia; porque "mientras que Cristo, santo,

inocente, sin mancha, no ha conocido el pecado sino que ha venido solamente a expiar por los pecados del pueblo, la Iglesia, porque encierra en su seno pecadores, a la vez santa y siempre por purificar, mantiene siempre la penitencia y la renovación" (Const. *De Ecclesia*, c. 1, n. 8) En pleno corazón de la Iglesia, rezamos y trabajamos "para que la totalidad del mundo llegue a ser Pueblo de Dios y sea transformado en Templo del Espíritu Santo, y que en Cristo, Cabeza de todos los seres, todo honor y toda gloria sean dados al Creador y Padre de Todos" (Const. *De Ecclesia*, c. 2, n. 17).

Artículo sexto

Nuestro amor reparador encuentra su expresión y su fuente principal en la celebración de Misterio eucarístico, lazo de Universal Unidad, en que por Cristo, con Él y en Él todo honor y toda gloria son dadas al Padre en el Espíritu Santo.

Como prolongación de la Misa en que se cumple la Obra de nuestra Salvación, practicamos día y noche con una vinculación especial, la adoración de Cristo Redentor en la Eucaristía. De este modo, los miembros de la Congregación, según la voluntad de los Fundadores, uniéndose al Misterio eucarístico, realizan la misión confiada por la Iglesia al Instituto: participar en el Amor redentor de Jesús y de María, y cumplir así hacia ellos con el deber de una justa reparación.

¿Cómo va a realizarse con ellos nuestra vocación reparadora? En primer lugar por una vida eucarística profunda. Desde el comienzo de nuestro Instituto, hemos estado vueltos hacia la Eucaristía, que es el Sacramento central y como la síntesis de la Iglesia. En la celebración eucarística, en efecto, la Iglesia se convierte en reunión, asamblea, pueblo de Dios; por la unión de Cristo y de los fieles, aparece como Esposa; por la presencia del sacrificio, llega a ser Templo de Dios; por un mismo Pan se convierte en Cuerpo de Cristo; el banquete eucarístico, en fin, significa, prefigura e inaugura el Reino de los Cielos. La Eucaristía es verdaderamente el corazón de la Iglesia. Es útil subrayar estas ideas, si se quiere comprender su lugar primordial en nuestra vida, y conocer mejor la profundidad de nuestra vocación.

El Sacrificio eucarístico

La Eucaristía es signo de unidad del Pueblo de Dios, en primer lugar por el simbolismo del Pan y del Vino: granos de trigo molidos juntos, racimos prensados juntos. Una antigua fórmula eucarística nos lo recuerda: "Como ese pan estaba disperso sobre los montes y, recogido, ha llegado a ser uno; del mismo modo se recoge tu Iglesia desde las extremidades de la tierra en tu Reino" (*Didajé* 9). San Agustín explicando este misterio, decía: "O signum unitatis! O vinculum caritatis!" (P.L. 38, 1247-1248; 35, 1613). Por otro lado, el modo mismo de celebración es signo de unidad: el Pueblo cristiano se convierte en asamblea unida en la alabanza y el pan único; a pesar de que los

lugares de culto son múltiples, no hay más que una sola eucaristía y finalmente más que una Iglesia. Porque la Eucaristía hace más que significar; produce la unidad; construye el Pueblo de Dios; la unión de los fieles entre ellos y con Cristo es su primer fruto (*Decreto de Ecumenismo* I, 2).

De este modo forma a la Iglesia como Cuerpo de Cristo: "Uno es el Pan y uno es el cuerpo que formamos muchos; pues todos compartimos el mismo pan" (1 Cor. 10, 17). Nuestra comunión es comunión en el Cuerpo de Cristo resucitado de Cristo; y por Él estamos unidos entre nosotros, llegando a ser un solo organismo viviente, animado por el Espíritu Santo: "Como el cuerpo, siendo uno, tiene muchos miembros, y los miembros, siendo muchos, forman un solo cuerpo, así es Cristo" (1 Cor. 12, 12) Por el rito sacramental, nos convertimos en cuerpo de Cristo, y miembros cada uno por nuestra parte (1 Cor. 12, 27). Así lo han comprendido los Padres de la Iglesia. "Aprendamos, dice San Juan Crisóstomo, lo que hay de maravilloso en este sacramento, el fin para el que ha sido instituido, los efectos que produce. Nos convertimos en un solo cuerpo, miembros de su carne y hueso de sus huesos. Esto es precisamente lo que obra el alimento que nos da: Él se une a nosotros, para que nosotros alcancemos a ser una sola cosa, como un cuerpo unido a la Cabeza" (P.G. 59, 260)

Cristo ha amado a la Iglesia, su Esposa, se ha sacrificado por ella, la ha purificado de sus faltas y santificado, se ha unido indisolublemente a ella. ¿Cómo se ha obrado y se obra aún todo esto? Por la Eucaristía. La Iglesia ha nacido del sacrificio de la Cruz: "Por medio de los sacramentos que brotaron del costado de Cristo clavado en la Cruz, se dice que ha sido formada la Iglesia de Cristo" (Sto. Tomás, III, q. a. 2, ad 3) La liturgia afirma: "Ex corde scisso ecclesia Christo jugata nascitur" [Del corazón rasgado nace la iglesia unida a Cristo]¹. Cristo, que en el Calvario ha hecho de la Iglesia su Esposa, continúa su obra en el tiempo por el sacrificio eucarístico. Allí cumple el trabajo de purificación y de santificación de la Iglesia: somos lavados en su sangre. Nos cura del pecado, a través de la comunicación de la vida divina. Su gracia remite las faltas veniales, pero más aún produce una "mortificación de la concupiscencia y una preservación del pecado grave"²; sobretodo aumenta la caridad. En el sacrificio eucarístico se actualizan las bodas misteriosas en las que Cristo y la Iglesia se convierten en una sola carne.

La Iglesia es el Templo de Dios (Const. *De Ecclesia*, c. I, n. 6) En ella se cumple el sacrificio perfecto de adoración y de alabanza a Dios, de expiación y de propiciación por los pecados de la humanidad. En ella está presente el Cuerpo glorificado del Señor, al que se agregan los fieles. Cristo actualiza su presencia en la Iglesia bajo los signos sacramentales de Pan y de Vino: de ahí proviene la importancia que tiene para ella el dogma de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, no solamente en el momento del sacrificio sino también después de la consagración y la comunión. Por la Eucaristía, la Iglesia se convierte en

¹ Himno de la Fiesta del Sagrado Corazón. "Jugata" habla de 'yugo', símbolo ancestral de la unión entre el esposo y la esposa, que aún alcanzamos a ver simbolizado en un momento del rito matrimonial. N.T.

² Sto. Tomás, III, q. 79, a. 6 in corpore et ad 3.

receptáculo de Dios, y en el lugar del sacrificio que ella le ofrece, en el que participa todo el pueblo cristiano unido a Cristo.

Algo más todavía. La Eucaristía da un sentido a la espera de la Iglesia. La Iglesia espera la consumación del Reino; padece su tensión hacia el fin de los tiempos. Ahora bien, es la Eucaristía la que hace que ella posea las arras de la gloria futura, y por adelantado el Reino: "O sacrum convivium... futurae nobis gloriae pignus datur"· (Himno: *O sacrum convivium : ... se nos da en prenda de la gloria futura*). No es solamente memorial y recuerdo, sino promesa y anticipación. Prefigura el Banquete mesiánico y la Pascua eterna. Es la prenda de la vida eterna: "Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré en el último día" (Jn. 6, 54) Introduciendo en nosotros un germen de inmortalidad, es garantía de la Resurrección final: "Nuestros cuerpos que reciben la Eucaristía, por el hecho mismo ya no son corruptibles, porque tienen en ellos la esperanza de la Resurrección"³.

Esta investigación, demasiado rápida y parcial, sobre la Eucaristía, nos hace comprender mejor su importancia capital. "La Eucaristía, se nos manifiesta como el sacramento del paso de Jesús al Padre, cumplido por nosotros y en el que nosotros cumplimos el nuestro"⁴. El sacrificio Eucarístico debe ser para cada uno el momento central, el tiempo fuerte del día. Participando en el Sacrificio, fuente y cumbre de la vida cristiana, ofrecemos a Dios la víctima divina y a nosotros con Ella; manifestamos concretamente la unidad del Pueblo de Dios que, en este sublime sacramento, es adecuadamente significada y maravillosamente realizada (Const. *De Ecclesia*, c.2. n.11); completamos la edificación del Cuerpo, realizando lo que Dios ha dicho por el profeta: "Del Levante al Poniente, mi nombre es grande entre las naciones, y se ofrecen a mi nombre en todo lugar un sacrificio y una oblación pura" (Mal. 1, 11)⁵; concelebrando con un regocijo fraternal las alabanzas de la divina Majestad, nos unimos en el mayor grado al culto de la Iglesia celeste⁶. Nuestra vocación de redentores que siguen a Cristo, no se expresa, ni se renueva, ni se realiza, ni encuentra profundidad y eficacia en ninguna otra parte mejor que en la Misa. Por eso el Sacrificio eucarístico debe ser la Acción esencial para nuestras comunidades. Las formas de piedad secundarias jamás habrán de invadir nuestras jornadas de manera que la suplanten⁷. Debe hacerse todo lo posible de manera que en el desarrollo y el ritmo de nuestras semanas y de nuestras jornadas, ella permanezca como la cumbre de nuestra participación en la victoria y el triunfo de la Muerte del Señor. Todo debe intentarse por conservar un valor comunitario visible; sería paradójico que estemos juntos para todo, salvo para una Eucaristía común⁸.

³ San Ireneo, *Contra los herejes.*, P.L. 7, 1029

⁴ Y. Congar: *Voies du Dieu vivant*, p. 202.

⁵ Const. *De Ecclesia*, c. 2, n.17.

⁶ Ibid. c. VII, n. 50.

⁷ Ver la *Constitución sobre la Liturgia* (Vat. II)

⁸ En esta línea, la concelebración puede ser considerada como la actualización la más profunda y la más comunitariamente expresada, de nuestra vocación reparadora.

La Adoración del Santísimo Sacramento

Algunas palabras para la historia. Con el comentario de la segunda parte del artículo 6, se aborda lo que desencadenó en el último Capítulo General la dificultades mayores. ¡Que Dios nos guarde de resucitarlas! Es suficiente saber esto: los Padres Capitulares estaban de acuerdo en reconocer un lazo explícito entre la adoración y la Misa, siguiendo el pensamiento del Buen Padre, y más simplemente partiendo de la teología; todos afirmaban que esta adoración del Santísimo Sacramento debía ser concebida como un acto reparador; las dificultades surgieron cuando se habló, a propósito del artículo 6, de “reparar por la adoración perpetua del Santísimo Sacramento del Altar las injurias hechas a los Sagrados Corazones de Jesús y de María por los enormes crímenes de los pecadores”⁹.

Para clarificar las cosas, la comisión encargada de la redacción había querido separar las cuestiones: el artículo 5 diría en qué consiste la reparación y, en el artículo 6, se contentaría con afirmar que nuestra adoración es reparadora; esta proposición parecía lógica. Ahora bien, la Asamblea aceptó lo contrario por un voto de muy débil mayoría¹⁰. Fue necesario precisar de nuevo, a propósito de la adoración, lo que se venía afirmando de la reparación. Entonces no se admirará ya más de la penosa formulación del 2º párrafo del artículo 6; en modo alguno es un éxito, y la buena voluntad de los redactores no ha dado a luz una obra maestra.

Pero toda desgracia lleva su recompensa. Las discusiones han permitido, parece, el llegar más al fondo del sentido de la adoración. *Y ante todo, no es separable del Sacrificio eucarístico*¹¹. No se puede concebir un culto auténtico de la presencia eucarística que no esté en unión estrecha con la Misa; esto porque la presencia es el resultado del sacrificio, antes de ser el prolongamiento. En el acto mismo de la consagración, se cumple el sacrificio, y nos es dada la presencia de Cristo: los dos aspectos son inseparables. De hecho en la Misa Cristo es hecho presente bajo el signo de Pan y de Vino, y se ofrece a su Padre por la salvación de los hombres.

¿Por qué entonces se prolonga esta presencia? Aquí es necesario releer la carta a los Hebreos para comprender, a través del papel del Sumo Sacerdote judío, las dimensiones de la función sacerdotal de Cristo. Después de la muerte de las víctimas, el Sumo Sacerdote entraba con su sangre en el Santuario para interceder allí. Del mismo modo Cristo ha entrado en el cielo, donde intercede a favor de los hombres. El ejercicio de la función sacerdotal comporta pues varias fases: de una vez por todas, el acto de ofrenda ha sido cumplido; de una vez por todas Cristo ha entrado en el Cielo; pero su presencia se continúa ante el Padre, para interpelar en favor nuestro. Es una realidad semejante la que se expresa en el sacrificio eucarístico: en el momento de la consagración, se cumple el acto de ofrenda de Cristo; por eso

⁹ Artículo 4 del Capítulo fundamental.

¹⁰ 25 sí, 23 no, 2 nulos (23 septiembre 1964)

¹¹ Esta párrafo y el siguiente deben mucho a un artículo del P. Galot, s.j., en N.R.T. 85, 1963 (reproducido en la Civiltà Católica del 5 sept. 1964; añadir el número del 20 marzo 1965)

Él está presente a su Padre como víctima gloriosa; la presencia eucarística, indefinidamente prolongada, se convierte entonces en signo sacramental de la presencia celeste de Cristo ante su Padre. De repente se comprende la importancia de la presencia real; prolongándose en nuestros sagrarios, es el signo y la llamada de que él permanece en estado de ofrenda.

Tiene todavía otra significación: es la de que Cristo continúa presentándose a nosotros como alimento espiritual, comunión. En efecto, es claro que la recepción del Cuerpo de Cristo en nuestro cuerpo no tiende finalmente más que a un reencuentro personal de orden espiritual; el alimento eucarístico quiere terminar en una adhesión completa de la persona del fiel a la Persona de Cristo, en la Fe y el Amor. Ahora bien, una tal adhesión no tiene límite de tiempo, exige continuarse. La presencia eucarística ayuda entonces a renovar el contacto, favorece la comunión espiritual, invita a retomar y profundizar el diálogo de fe y de amor con nuestro Bienamado Señor Jesucristo¹².

Ya se ve ahora la orientación profunda de nuestra adoración: cuanto más entramos en las actitudes de la Misa, más nos encontramos en el eje justo, y nuestra adoración está mejor centrada. No debe de ser más que una continuación, una reanudación. Nos unimos en ella a Cristo, que se ha sacrificado por la salvación del mundo; entramos más profundamente en la gran corriente de la de la Redención; participamos en la Gloria que no cesa de dar a su Padre; tomamos conciencia que no nos hacemos más que uno con Él, formando un Cuerpo del que somos en parte responsables; sabiendo que Él intercede siempre por los pecadores, -la presencia continuada en el Sagrario es su signo- nosotros intercedemos con Él por nuestros hermanos. Le damos gracias de que se encuentre ahí, en la increíble humildad de las especies, accesible a nuestro diálogo, a nuestras pobrezas y a nuestras esperanzas. Ofrecidos a su purificación y a su santificación, llenos de reconocimiento por las maravillas de su Fuerza que confunde a los poderosos y levanta a los humildes, exponemos nueva debilidad a la acción de su Victoria, impacientes de estarle definitivamente unidos, en el cara a cara sin sombra ni velo.

¹² El hecho de que Cristo nos deje su presencia bajo los signos de Pan y de Vino manifiesta claramente su intención de que eso se termine en comida. Esta destinación expresa es esencial. Pero hay que comprender el sentido del alimento eucarístico. La comida eucarística no es una comida cualquiera que tiende a la asimilación de orden biológico; el objetivo de la comunión es evidentemente el promover una unión íntima de vida espiritual, un reencuentro personal. ("Alimento espiritual" 1 Cor. 10, 3-4) Ahora bien, una tal unión espiritual pide prolongarse el mayor tiempo posible; no puede limitarse a un momento, sino que busca profundizarse, renovarse, aumentarse. La presencia real ayuda poderosamente al fiel a retomar contacto en el curso del día, en el espíritu mismo con que ha recibido con que ha recibido el Cuerpo del Señor. Se ve claro que la presencia real no se opone a la comida eucarística, sin más bien es su terminación, permite continuar su eficacia, renovar su acción reencontrar sus frutos. Una y la otra tiene el mismo objetivo: promover una unión espiritual profunda.